

Resueltos estaban sin embargo Felipe II, don Juan de Austria y el pontífice Gregorio á repetir la expedición en 1573 con arreglo á lo estipulado en la Liga, y aun se habia acordado aumentar las galeras hasta el número de trescientas y los combatientes hasta el de sesenta mil, cuando llegó á su noticia que Venecia andaba negociando la paz con el turco. En efecto, aquella república mercantil, en cuyo provecho habian obrado hasta entonces sus generosos aliados, calculó, no diremos ahora si con error ó acierto, sobre sus intereses, creyó hallar ventajas en la paz, y no tuvo escrúpulo, como no le habia tenido otras veces, en faltar á sus mas solemnes compromisos. Contribuyó mucho á facilitar la negociacion el embajador francés en Constantinopla, Noailles, obispo de Aix, por segunda vez encargado de representar los intereses de su monarca cerca del sultan. El 7 de marzo (1573) se ajustó la paz entre la Puerta y la república, con condiciones tan desventajasas y humillantes para esta, que además de los trescientos mil ducados que por espacio de tres años se obligaba á pagar al Gran Señor, venia á dejarle y asegurarle sus conquistas. A juzgar por este tratado, se habria creído que los turcos habian ganado la batalla de Lepanto (1).

Felipe II recibió la noticia con su acostumbrada é imperturbable serenidad, diciendo que si la república obraba así por su interés, él habia obrado en bien de la cristiandad y de la misma república. No lo creia don Juan de Austria cuando se lo anunciaron: su noble corazón se resistia á admitir como verosímil semejante proceder. Pero tuvo que creerlo cuando se lo comunicaron por escrito los mismos venecianos. Entonces quitó de su galera real el estandarte de la Liga, y enarboló en su lugar el pabellon español.

Deshecha así la Liga con tan poca honra para sus quebrantadores, ¿qué se hacia, y en qué se empleaba la escuadra española? Era natural que se pensara en destinarla á la expedición de Berbería, proyectada ya un año antes. «Que seria poca autoridad (decia don Juan de Austria al cardenal Granvela) á las cosas de S. M. haber juntado una armada tan gruesa con tantos gastos, y deshacerla sin sacar ningun fruto dello, tanto mas habiéndome S. M. mandado escribir diversas veces y mostrado particular voluntad y deseo de que se haga la empresa de Túnez y Biserta.» Y así se determinó, despues de proveer lo necesario á la defensa de las costas de Sicilia y de Nápoles, que por entonces parecian aseguradas segun las noticias que se tenian de la armada turca. Si se difirió hasta setiembre la expedición, fué sin duda porque nuestra escuadra

Bajó, cuya muerte sintió, y quiso excederle en generosidad. Tales rasgos atraian á don Juan de Austria el respeto y estimacion hasta de sus mismos enemigos.

«Noble y virtuosa señora (decia don Juan en su carta de contestacion á Fátima). Dende la primera hora que fueron traydos á mi galera Mahamet Bey y Mahamut Bey sus hermanos, despues de haber vencido la batalla que di al armada del Turco, conociendo su nobleza de ánimo y buenas costumbres, considerando la miseria de la flaqueza humana, y quan sujeto es á mudanza el estado de los hombres, añadiendo el ver que aquellos nobles mancebos venian mas en el armada por regalo y compañía de su padre, que para ofendernos; puse en mi ánimo, no solamente de mandar que fuesen tratados como hombres nobles, pero de darsles libertad cuando me pareciese ser la ocasion y tiempo para ello. Acrecentóse esta intencion en rescibiendo su carta tan llena de aficion, y aficion fraterna, y con tanta demostracion de desear la libertad de sus hermanos: y quando pensé poder imbiarselos ambos, con grandísimo contentamiento mio llegó á Mahamet Bey el último fin de los trabajos, que es la muerte. Embio al presente en su libertad á Mahamut Bey y á todos los otros captivos que me ha pedido, como tambien embiara al defuncto si fuera vivo: y tenga, Señora, por cierto, que me ha sido desgusto particular no poderla satisfacer y contentar en parte de lo que deseaba, porque tengo en mucha estima la fama de su virtuosa nobleza. El presente que me embió dexé de rescibir, y lo huvo el mismo Mahamut Bey, no por no preciarle como cosa venida de su mano, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra rescibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacerles gracias; y por tal, rescibirá de mi mano á su hermano, y á los que con él embio: siendo cierta que si en otra batalla se bolviése á captivar, ó otro de sus deudos, con la misma liberalidad se les dará libertad y se les procurará todo gusto y contentamiento. De Nápoles, á 13 de mayo de 1573.—A su servicio, don Juan.

(1) Relacion del bailló de la república Marco Antonio Bárbaro, Manuscritos de Rangoni, en la Biblioteca imperial y real, citada por Hammer en la Historia del Imperio Otomano.

se encontraba, como escribia don Juan, *sin un solo real, y con muchos centenares de millares de ducados de deuda* (2). Al fin, con los escasos recursos que pudieron haberse, quedando Juan Andrea Doria con cuarenta y ocho galeras en Sicilia, y tan pronto como el temporal lo permitió, dejó don Juan las costas de Italia (1.º de octubre), y enderezó el rumbo á la Goleta con ciento cuatro galeras, bastante número de fragatas y naves, y veinte mil hombres de guerra, sin contar los aventureros y entretenidos.

Luego que arribó á la Goleta, sacó de allí dos mil quinientos veteranos españoles, «que hacian temblar la tierra con sus mosquetes,» dice un historiador, y poniendo en su lugar otros tantos bisoños, se encaminó á Túnez. No habia necesitado don Juan de tanto aparato, porque halló abiertas las puertas de la ciudad, y el alcaide de la Alcazaba, que dijo la tenia á nombre de Muley Hamet, le hizo entrega de ella. Halló don Juan en Túnez cuarenta y cuatro buenas piezas de artillería, con gran cantidad de municiones y de vituallas. No permitió que se hiciera esclavos á los habitantes; por el contrario, ofreciendo seguro, no solo á los que habian quedado en la ciudad, sino á los que habian huído de ella, muchos volvieron á darle obediencia en nombre del rey de España. Determinó don Juan se construyera un fuerte capaz de contener ocho mil hombres junto al Estanque, que protegiera á la Goleta, cuya obra encomendó al entendido Gabrio Cervelloni, con título de gobernador y capitan general. Dejó de guarnicion los ocho mil hombres, entre españoles é italianos, á cargo del maestre de campo Andrés de Salazar, y la isla al de don Pedro Zanoguera. Si es cierto que los secretarios Soto y Escobedo opinaban que don Juan podia y aun debia alzarse por rey de Túnez, lo es tambien que él se contentó con arrancarle á la tiranía de Uluch Alí, poniendo en su lugar á Muley Hamet, á quien encargó gobernar los moros en paz y justicia.

Para asegurar mas á Túnez, pasó á ocupar á Biserta, que se le entregó de su voluntad. Los turcos que la presidiaban fueron muertos por los mismos moros, y el general español puso por gobernador al mismo caudillo de estos, bien que con la precaucion de dejar en el castillo á don Francisco Dávila con trescientos soldados. Volvióse con esto á la Goleta (17 de octubre), donde cometió el error, extraño en el talento de don Juan (que de haber sido error veremos la prueba mas adelante), de dejar en el gobierno de aquella importante fortaleza á don Pedro Portocarrero. Logrado tan rápidamente y en tan breves dias el objeto de su expedición, reembarcóse el joven príncipe para Italia (24 de octubre), llegó á Palermo y de allí pasó á invernar á Nápoles, «donde la gentileza de la tierra y de las damas, dice un historiador español, agradaba á su edad (3).»

Tales fueron los resultados de la famosa Liga de 1570 contra el turco, solicitada por Venecia y rota por aquella república. Tales los de la memorable batalla naval de Lepanto, tan gloriosa para los coligados, y señaladamente para don Juan de Austria. El fruto que de ella se recogió no fué ni el que se debió ni el que se pudo. Las causas ya las hemos manifestado. Sin embargo, estamos léjos de creer que hubieran podido los aliados ir derechos á Constantinopla, como entonces deseaba el pontífice y despues han creído algunos historiadores. Otro tanto distamos de los que afirman que la victoria fué enteramente infructuosa. Lo cierto es que el historiador del imperio otomano, algunas veces citado por nosotros, despues del capítulo que dedica á la guerra de Chipre, á la Liga y á la batalla, comienza el siguiente con este epígrafe: *Época de la decadencia del poder otomano*.

(2) Carta de don Juan de Austria al cardenal Granvela, en el archivo de la casa de Villafranca, y en el tomo III de la Coleccion de Documentos inéditos, p. 126.

(3) Cabrera, Hist. de Felipe II, libro X, c. 11.—Relazione di Tunisi á Biserte, MS. de Rangoni.

Trajo consigo don Juan de Austria á Muley Hamid, el hijo de aquel Muley Hazem, á quien Carlos V habia restablecido en el trono de Túnez. El malvado Hamid, que habia hecho sacar los ojos á su padre, y pagado con ingratitud los servicios del emperador, negándose á satisfacer el tributo estipulado, vino ahora á implorar de don Juan su restablecimiento en la soberanía de Túnez, pero sus súplicas fueron tan inútiles como merecian serlo. Don Juan dió el vireinato á su hermano Muley Hamet, y á él le trajo consigo á Italia para que no perturbara á su hermano.

CAPÍTULO XIV

FLANDES

Don Luis de Requesens

DE 1574 Á 1576

Carácter y gobierno de Requesens.—Manda quitar de Amberes la estatua del duque de Alba.—Regocijo de los flamencos.—Desgraciada expedición en socorro de Middelburg.—Dominan los orangistas toda la Zelanda.—Gran triunfo de los españoles contra Luis de Nassau.—Grave sedición de las tropas españolas.—Págase á los amotinados, y vuelven á la obediencia.—Otro desastre de la armada española.—Proyectan los enemigos asesinar á Requesens, y los nuestros al príncipe de Orange.—Conducta de Felipe II en este negocio.—Célebre sitio de Leyden por los españoles.—Rompen los rebeldes los diques y sueltan las aguas.—La armada enemiga navegando sobre los campos y por entre las poblaciones.—Socorro de Leyden.—Los españoles peleando entre las aguas.—Amotinanse otra vez nuestras tropas.—Próspera campaña en Holanda.—Peligrósísima y temeraria expedición á Zelanda.—Los españoles vadeando á pié los rios y los brazos de mar.—Zierickzee.—Heroismo inaudito de los capitanes y soldados de España.—Triunfos.—Conquistas en Zelanda.—Nuevos tumultos y sediciones de tropas.—Muerte del comendador Requesens.—Gobierno del Consejo de Estado.—Levantamiento general en Flandes contra los españoles.—Apurada situacion de estos, y su heroismo.—Teson lamentable de los amotinados.—Combate sangriento en las calles de Amberes.—Triunfo de los españoles: dominan la ciudad.—Don Juan de Austria es nombrado gobernador de Flandes.

La guerra de los Países Bajos continuaba consumiendo á España sus tesoros y sus hombres. Dejamos en el capítulo X de este libro á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, antiguo embajador en Roma, lugarteniente general de don Juan de Austria en el mar, acreditado de capitan valeroso y experto en la guerra contra los moriscos y en el combate naval de Lepanto, de prudente como gobernador del Estado de Milan, dejámosle, repetimos, en posesion del gobierno y vireinato de Flandes (fines de 1573), en reemplazo del duque de Alba, tan aborrecido de los flamencos.

El carácter templado, afable y benigno de Requesens, tan opuesto á la dura severidad del de Alba, hacia esperar que le atrajera las voluntades y adhesion de los de Flandes, tanto como su antecesor las habia enajenado. La primera aloucion á los Estados de las provincias, las arengas de los diputados de los cuatro miembros de Flandes y de los Estados de Brabante al comendador y las respuestas de este, lo hacian tambien esperar así (1). Procuró desde luego corregir y enfrenar en lo posible la licencia de los soldados, nacida principalmente del atraso de las pagas, que mas que á otros cuerpos se debian á los viejos tercios y á la caballería ligera de España. Entre las medidas del nuevo gobernador hubo dos de que muy especialmente se felicitaron los flamencos, el perdón general á los rebeldes ausentes con tal que volvieran á la obediencia de la Santa Sede y del rey, y el haber mandado quitar de Amberes la estatua del duque de Alba, que miraban como un ultraje y un insulto hecho al país. Esto último les causó un verdadero regocijo, así como lo primero fué considerado por algunos como indicio de temor ó de debilidad (2). Así fué que si bien muchos se acogieron al indulto implorando el perdón de sus extravíos, otros se envalentonaron mas con la indulgencia, y prosiguieron con mas ardor la comenzada lucha.

No fué afortunado Requesens en las primeras operaciones de la guerra. Dueños los orangistas, no solo de la isla de Walcheren, sino de toda Zelanda, á excepcion de Middelburg, su capital, y de dos pequeños castillos, harto apretados todos por los rebeldes, recibió aviso del coronel Mondragon del apuro en que se hallaba en Middelburg, que hacia dos años habia podido ir sosteniendo á costa de esfuerzos heroicos; pero reducida ya á menos de la mitad su gente, agotados todos los

mantenimientos, devorados hasta los animales inmundos, y no teniendo cada soldado por todo sustento sino dos onzas de pan de linaza por dia, que tambien se acababa ya, era imposible resistir mas si inmediatamente no recibia socorro (enero, 1574). Activo y diligente el comendador mayor, aprestó con la mayor rapidez dos escuadras que desde Amberes fuesen al socorro de Middelburg por los dos brazos del Escalda, una al mando de Sancho Dávila, otra que habia de ir mas derechamente, compuesta de sesenta y dos navios, al del maestre de campo Julian Romero, dándole por vice-almirante á Gliméu.

Inauguróse esta jornada naval bajo los mas siniestros auspicios, y concluyó desastrosamente. Al disparar un cañonazo de saludo el navio en que iba el capitan Bobadilla, y era uno de los mayores y mejor armados, se abrió de manera que se le tragaron todo las aguas, no pudiendo salvarse sino el capitan con muy pocos, y todos mal parados. Al encontrarse la armada con la de los enemigos, que siempre habia sido superior y mas numerosa, especialmente en bajeles pequeños, encallaron la mayor parte de los de España en los bajios, aferrándolos y ofendiéndolos á mansalva la escuadra enemiga. Combatiendo Julian Romero esforzadamente en auxilio del vice-almirante Gliméu, que se hallaba así varado, abrióse tambien su navio y se fué á fondo, teniendo Romero que arrojarle al agua y llegar nadando hasta el dique de Bergen, donde se hallaba el comendador presenciando la catástrofe sin poder remediarla. «V. E. bien sabia, le dijo Romero al comendador, que yo no era marino, sino infante. Así no me entregue mas armadas, porque si ciento me diese, es de temer que las pierda todas.» El comendador le tranquilizó diciendo que no era culpa suya el infortunio, sino de la mala suerte, y que sus soldados habian peleado con tanto arrojo y valor como tantos millares de veces lo habian hecho (3).

Perdiéronse en esta expedición nueve navios armados, además de los que se sumergieron, y sin contar los que llevaban las vituallas. Murieron setecientos soldados walones y españoles, entre ellos el vice-almirante Gliméu y varios capitanes. Retiráronse las naves que quedaron hasta ponerse en salvo, se avisó á Sancho Dávila que diera la vuelta á Amberes, y se dió conocimiento del desastre al coronel Mondragon, facultándole para que, toda vez que se habia hecho imposible socorrer á Middelburg, pudiera capitular con el enemigo bajo las condiciones mas ventajosas que ser pudiese. En su virtud capituló el bravo y aguerrido coronel Mondragon la entrega de Middelburg bajo las siguientes bases: que él y sus soldados saldrían con armas y banderas, cajas, ropa y bagajes, pero sin deshacer las fortificaciones ni llevar la artillería, ni tampoco las mercancías, que eran las que constituian la riqueza de aquel pueblo; y los que lo contrario hiciesen, serian castigados á discrecion por el príncipe de Orange: que el dicho coronel Mondragon daba su fe y palabra de poner dentro de dos meses en manos del príncipe de Orange á Felipe de Marnix, conde de Santa Aldegundis, y á otros tres capitanes que estaban en poder de los españoles, y de no hacerlo, el mismo Mondragon se obligaba á ponerse á disposicion del de Orange: que los frailes, clérigos, comisarios y contadores saldrían con sus respectivos trajes, papeles y criados, y el príncipe de Orange se comprometia á darles navios en que fuesen con toda seguridad hasta la costa de Flandes (18 de febrero, 1574). Capitulación ventajosa, atendida la situacion al extremo apurada y crítica en que aquel valeroso caudillo se hallaba, pero que dejaba á los orangistas dueños de toda Zelanda y señores del mar, y les proporcionó grandes recursos con la venta de las inmensas mercancías que aquella ciudad encerraba (4).

Agregóse á esto la nueva de que Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, con el conde Palatino, se dirigia á pasar el Mosa al frente de seis mil infantes y tres mil caballos, gente nueva reclutada en Alemania, con ánimo de penetrar en Brabante, apoderándose de Maestricht y de Amberes, debiendo incorporárseles el príncipe con otras tantas fuerzas.

(1) Archivos de la ciudad de Brujas, reg. *Vittemboek*, A.—MS. de los archivos de negocios extranjeros en Paris.—Coleccion de Gachard, t. II, páginas 715 á 718.

(2) Estrada, Guerras de Flandes, Década I, lib. VIII.—Cabrera, Historia de Felipe II, lib. X, cap. 15.

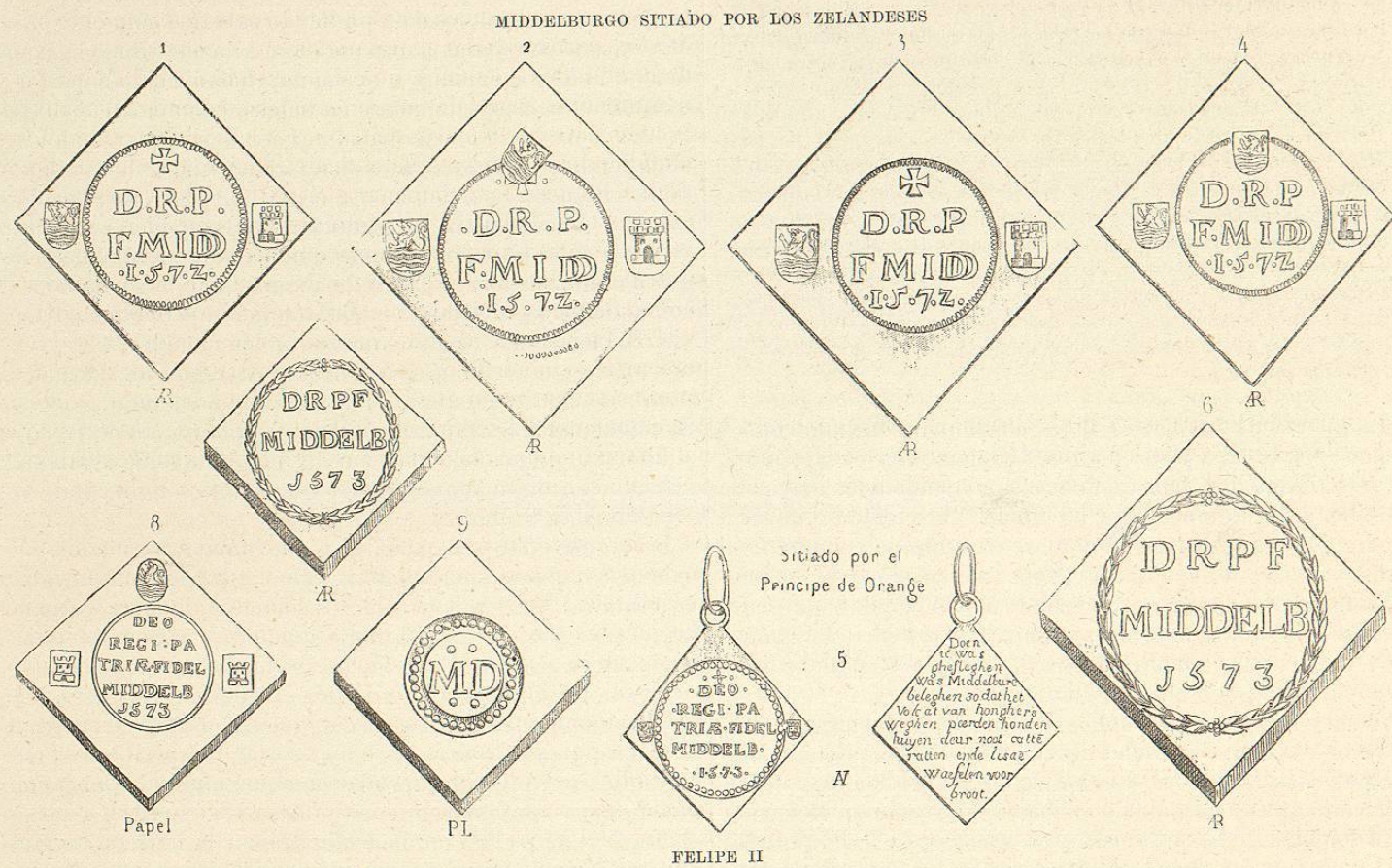
(3) Don Bernardino de Mendoza, Comentarios de las Guerras de Flandes, lib. XI.—Estrada, Guerras, Déc. I, lib. VIII.

(4) Los autores antes citados, y Cabrera y Bentivoglio en sus respectivas historias.

Escasísimas eran las que en Brabante tenia el comendador mayor para hacer frente á los nuevos invasores, y sin embargo, léjos de caer de ánimo Requesens y de participar del espanto que aquella nueva infundió en los brabantinos, resolvió hacerles rostro y no permitir que pisaran un palmo de aquella tierra. Envió delante á don Bernardino de Mendoza (1) con seis compañías de caballos á Maestricht. Ordenó que le siguiese Sancho Dávila con la infantería: que acudiese don Gonzalo de Bracamonte con la gente que tenia en Holanda, y envió á reclutar y recoger infantes y caballos de Alemania, y de los cantones católicos de Suiza. Grandemente correspondieron aquellos capitanes á la confianza y á los deseos del animoso gobernador. En medio de los rigores del invierno y

de los hielos que cubrían aquellos rios y lagunas no cesaron de combatir á los enemigos y de disputarles la entrada en el pais flamenco. Y cuando llegó la primavera, hallándose los de Nassau alojados en Mook, pequeña aldea del pais de Cleves sobre el mismo Mosa, diéronles una gran batalla, tan hábilmente dirigida por Sancho Dávila, don Bernardino de Mendoza y el italiano Juan Bautista del Monte, y tan bizarramente sostenida por sus soldados, que les mataron mas de dos mil quinientos infantes y quinientos jinetes, sin contar los muchísimos que se ahogaron en los pantanos, balsas y lagunas, llegando apenas á mil los que pudieron salvarse (2).

Lo importante de esta victoria de los españoles fué haber muerto los tres generales del ejército enemigo, el duque Pa-



latino, Luis de Nassau y su hermano Enrique (14 de abril, 1574). Cogieronse mas de treinta banderas, con todo el bagaje y dinero. Despachó el comendador á Juan Osorio de Ulloa para que viniese á España á traer al rey la nueva de tan glorioso triunfo, que fué una buena compensacion de la pérdida de Middelburg y del desastre de la armada en las aguas de Bergen.

Por desgracia se malogró el fruto que hubiera podido recogerse de tan gran victoria, á causa de haberse amotinado los viejos tercios de los soldados españoles en reclamacion de los atrasos de sus pagas. Esta era la diferencia entre los soldados de otras naciones y los de España: que aquellos tenían por costumbre pedir tumultuariamente las pagas é insurreccionarse al tiempo de ir á la pelea, los nuestros despues de haber peleado y vencido. Esta sedicion militar fué una de las mas graves que hubo, y al mismo tiempo de las mas ordenadas. Cuando Sancho Dávila los arengó exhortándolos á la subordinacion y á la disciplina, le contestaron entre otras cosas: *¿Pensáis que ha de ser lícito pedir cada dia las vidas á los soldados, y que los soldados no han de poder pedir una vez al mes el sustento para sus vidas?* Y al quererles predicar un religioso jesuita, le atajaron el discurso diciendo: *Si antes nos dais el dinero de contado, despues oiremos muy atentos vuestro sermón; que de buenas palabras estamos ya cansados: que si pudiera ponerse en una balanza la sangre que hemos vertido por el rey, y en otra la plata que el rey nos debe, de cierto habia de pesar mas aquella que esta.* Ellos nom-

(1) El autor de los Comentarios de estas guerras, á quien tantas veces hemos citado, y tendremos que citar.

braron su cabo, que llamaban *el Electo*, segun costumbre; establecieron su forma de gobierno militar, y se dirigieron á Amberes, donde no de mala gana les permitió entrar la guarnicion española del castillo, que tambien se rebeló intentando echar de él al gobernador y su teniente, bien que aquel contestó con firmeza que no saldría del castillo con vida. Los tumultuosos de fuera, despues de haber desalojado de la plaza las compañías walonas, pregonaron un bando á nombre del Electo, y plantaron una horca para colgar de ella á todo el que se desmandara á cometer hurto ó rapiña, lo cual ejecutaron con dos delincuentes, y no volvieron á cometerse crímenes de este género.

Ellos además erigieron un altar y juraron sobre él la obediencia á su Electo, y no ceder hasta que les fuese pagado el último maravedí; y en este sentido dirigieron al comendador un mensaje fuerte y enérgico, amenazando con que de no pagarles arbitrarían cómo cobrarse ellos mismos. Requesens, que necesitaba de aquellas tropas y reconocia la justicia de la reclamacion, por mas lamentable y por mas reprehensible que fuese la forma, dióles su palabra de pagarles, y bien acreditó su deseo de cumplirla en el hecho de haber empeñado para ello su vajilla y recámara; pero era tal la estrechez y el ahogo de las arcas reales, que trascurrió cerca de mes y medio antes de acabarles de pagar, y otro tanto duró la sedicion (3).

(2) «Yo mismo ví (dice don Bernardino de Mendoza) caminando con un escuadron, mas de seiscientos hombres dentro de un pantano, con el agua á la cinta, de suerte que no se salvarian mil hombres.» Comentarios, libro XI.

(3) Mendoza, Comentarios, lib. XII.—Estrada, Guerras, Dec. I, libro VIII.

De todos modos, esta ocurrencia fué un embarazo grande que se interpuso, con harto dolor de Requesens, para entorpecer el progreso de las armas españolas en los Países Bajos y para frustrar las consecuencias, que sin duda hubieran sido grandes, de la victoria de Mook. A pesar de todo, y en tanto que podía disponer de los amotinados, no dejó el comendador mayor de activar la guerra cuanto las circunstancias lo permitian, dirigiéndola esta vez á Holanda para donde mandó volver á Francisco Valdés con la gente que de allí habia sacado, con el encargo de continuar é ir estrechando el sitio de Leyden, comenzado ya en tiempo del duque de Alba, y punto en que se habian fortificado los rebeldes. Ordenó igualmente al gobernador de Harlem que acudiese allí con su caballería por otro lado, y las mismas órdenes expidió á los demás caudillos. Dos eran los objetos que en esto se proponia Requesens: el primero, divertir por aquella parte á los rebeldes para impedir que entraran en Brabante, donde no podia oponérseles mientras no acabara de pagar á los españoles sublevados y pudiera disponer de ellos: el segundo, entretener las fuerzas enemigas en Holanda, para dar lugar que viniese la armada que de órden de S. M. se aparejaba en Santander con destino á los Países Bajos, á cargo de Pedro Melendez de Avilés, adelantado de la Florida (1), la cual, unida á los navios que aun se conservaban en Holanda y Zelanda, habia de darles superioridad en aquellos mares, con lo cual solo se podria acabar la guerra.

No favoreció en verdad la fortuna al sucesor del duque de Alba en Flandes. Es cierto que al fin acabó de pagar á costa de sacrificios á los tercios españoles amotinados en Amberes, y que pudo enviarlos á Holanda bajo la direccion de Chiapin Vitelli, y que así este jefe como Francisco Valdés, Mr. de Liques, Luis Gaytan, Rodrigo de Toledo, Gonzalo de Bracamonte, Julian Romero y otros caudillos, fueron apoderándose de varias islas, villas y lugares holandeses, y construyendo fuertes á las márgenes de los lagos, canales y rios, hasta el número de mas de sesenta, y hasta un cuarto de legua de Leyden, estrechando el sitio de esta ciudad y dándose la mano unos á otros. Mas por otra parte, la muerte de Pedro Melendez, el almirante de la armada de Santander, ocurrida á esta sazón, fué causa de que aquella se detuviese y de que acabara de perderse el resto de los navios que el rey de España tenia en Flandes, y que habian de haber obrado en combinacion con la armada de Castilla. Y fué, que habiéndose alejado de Amberes los navios españoles por temor de que los tomaran los amotinados, dieron sobre ellos los de Orange, y los apresaron todos sin dejar uno, por un descuido de que con dificultad pudo justificarse el vice-almirante (2). De modo, que en los pocos meses que llevaba Requesens de gobernador y capitán general de los Países Bajos, tuvo la desgracia de perder cuantas naves tenia en aquellos Estados la España.

Faltaba ver el resultado del famoso sitio de Leyden, que tan memorable habia de hacerse en la historia por las singulares circunstancias que luego veremos.

La imparcialidad histórica nos obliga á cumplir antes con un deber enojoso, á saber, el de revelar los reprobados y abominables medios que en este tiempo estaban empleando los enemigos de España para deshacerse del comendador mayor de Castilla, y los de la misma indole que á su vez empleaban el comendador y la corte de España para deshacerse del príncipe de Orange. Segun se ve por los documentos oficiales que se conservan en nuestros archivos, unos y otros procuraban valerse de asesinos pagados para quitar la vida alevosamente y á traicion, así al gobernador español de Flandes como al jefe de los rebeldes flamencos. Este criminal arbitrio, de que

(1) En el archivo de Simancas, Estado, leg. 156, hemos visto un mazo de papeles relativos á los aprestos de esta armada, con cartas de Melendez, del conde de Olivares, de don Diego Hurtado y otras personas, que podrian servir bien para una historia particular.

(2) Es muy extraño que el jesuita Estrada, escribiendo de propósito de las Guerras de Flandes, no nos diga una sola palabra ni de esta segunda catástrofe, ni de la armada de Santander, ni de la multitud de fuertes que construyeron nuestros caudillos para estrechar y aislar la ciudad de Leyden. Afortunadamente llena bien don Bernardino de Mendoza este vacío, como otros muchos que dejó el historiador religioso.

acaso no tuvieron noticia los historiadores que nos han precedido, pues nada hablan de él, parece haber sido intentado primero por los enemigos de la dominacion española en Flandes. Con fecha 30 de marzo (1574) escribia el embajador Antonio de Guarax desde Lóndres al comendador mayor Requesens, avisándole que habia partido de allí un Tomás Bac, irlandés, que en los Países Bajos se nombraba Mos de la Chausse, el cual habia recibido varias veces dinero de la reina de Inglaterra, y de quien se tenían noticias y vehementísimos indicios de que iba con la mision alevé y el malvado designio de asesinarle (3).

Pero tambien los nuestros intentaban lo mismo con el de Orange, segun se ve por el siguiente fragmento de una carta del comendador mayor Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II (9 de abril, 1574): «De hacer matar al príncipe de Orange, si Dios no lo hace, no tengo esperanza; que tres meses há que no ha vuelto el inglés que me la habia dado. No sé si ha sucedido desgracia, ó si era trato doble; que no hallo hombre de quien pueda fiar que emprenda esto, por mucho que prometa. No sé si ellos hallarán los que buscan para acabarme á mí; y beso los piés á S. M. por el cuidado que v. md. me escribe que tiene de que yo guarde mi vida, en la cual iria muy poco si no estuviese lo de aquí á mi cargo; y envío á v. md. dos avisos que un mismo dia tuve de Inglaterra, el uno de Guarax, y el otro de un inglés de los que aquí se entretienen, que dijo habersele enviado una dama de la misma reina, que dice es católica, por donde verá v. md. la obligacion que yo tengo á la reina; y de Alemania há dias que tuve avisos que hacian la misma diligencia, pareciéndoles que el mas corto camino para acabar lo de aquí, era acabar al que estuviese encargado de ello, y yo me puedo guardar mal, no conviniendo mostrar que se teme esto, y habiendo de dar siempre audiencias públicas, y salir fuera á misa y á otras cosas, y en campaña; y un arcabuzazo pasa muy bien entre alabarderos y archeros, que es la guarda que yo tengo; pero confio en Dios que él me guardará, y así me da esto mucho menos cuidado que las otras cosas públicas de estos Estados (4).»

Confesamos haber sentido el mayor disgusto al ver que el rey Felipe II no solamente sabia y autorizaba semejantes planes, sino que los alentaba y promovia, y que hemos visto con amargura escrito de su letra y puño al margen de esta carta lo siguiente: «Todavía scrivid de mi parte que procure mucho de guardar su persona, pues ve lo que va en ello al servicio de Dios y al mio; y de que se haga todavía lo demás que se le ha escrito, pues alguno de los ecetuados en el perdon general (5) podria ser que lo hiciese por que le perdonasen y vol-

(3) «De aquí ha partido (decia Guarax) uno nombrado el capitán Tomás, irlandés, que por otro nombre se llama ahí Mos de la Chausse; habia buen francés, y está aposentado en esa villa en un meson que se dice del Yelmo dorado. Partió de ahí á los 13 de este para Alemania, y llegó aquí á los 18, y le dieron en corte cien libras en soberanos, y el mismo dia los trocó por angelotes. Partióse á los 19 para ahí. Otra vez que vino de ahí aquí le dió la reina otras cien libras. Esto sé de persona que ha estado en su compañía, y esta tal me ha dicho que por alguna murmuracion que ha oido en el aposento de un grande á quien el capitán Tomás se llegaba de que algunos enviaban á matar á V. E. (á quien Dios guarde), sospecha la dicha persona que el dicho Tomás se partió para ahí con este propósito tan malo; y mas atendió que decian por palabras generales, que si antes que el rey de España viniese ó enviase sus grandes fuerzas contra el de Orange muriese el gobernador de Flandes, que seria necesario á la reina recibir de mano del d'Oranges á Zelanda, pues hallándose él y su hermano Ludovico tan prósperos y armados, no podrian dejar de enseñorearse de todos los Estados, por lo mucho que Anvers y otros pueblos desean recibirlos, y del todo echar los españoles de la tierra. Y esto me certifica que oyó á personas de estimacion, y que tiene gran sospecha de que procuran tan malos deseos por mano del dicho Tomás ó de otro. Teniéndosele oído á sus tratos, podrá descubrirse por indicios algo de su presentacion, que no puede ser sino mala. Llámase acá Tomás Bac. Es hombre de mediana estatura, de 35 á 40 años, no flaco, y de barba algo roja; conocido por malo, etc... etc.»

Esta carta la vió el rey don Felipe, y puso al margen de su mano: «Escribid al comendador mayor que procure de haber á este, y hacer del lo que será justo hacer, y muy justo.»—Archivo de Simancas, Estado, Flandes, legajo 557.

(4) Archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. 557, fol. 128.

(5) Aludia el rey al perdon ó indulto que el comendador habia publi-